

La misión era matar

De reciente aparición en librerías este libro de Jorge Escalante -publicado por Lom ediciones- trae nueva y reveladora información del caso Caravana de la muerte. A continuación Rocinante presenta algunos fragmentos de este libro de investigación periodística

Pocos minutos después de la muerte del 2 de noviembre de 1973, el general Joaquín Lagos Corrao se puso a escribir en un artículo del piso 29 del edificio Diego Portales. Escribió que regresó a su oficina al comandante en jefe del Ejército y jefe de la Junta Militar, general Augusto Pinochet Ugarte.

La noche anterior Pinochet había mandado con su edición, el coronel Enrique Morel Donoso, un mensaje categorico al general Lagos a la casa de su hijo, donde estaba alojado en Santiago. Lagos de regreso desde Antofagasta, que formaba del informe «secreto» que Lagos a había entregado ese día en sus manos, todo lo contó por el general Sergio Arriagada Stark como su Oficial Delegado en la misión encargada [...].

En un hangar de Cerro Moreno

El general Joaquín Lagos, quien además de ser el comandante de la IV División del ejército era el jefe de zona en el estado de Chile y el representante a provincia de Antofagasta a partir del golpe militar del 11 de septiembre de 1973, había llegado a Santiago el 31 de octubre de 1973 citado por su comandante en jefe.

Ese le había ordenado que viajara para informarle, ahora por escrito, acerca de los cincuenta y seis prisioneros que resultaron muertos al paso de la cordillera de Andino por las tres ciudades rebeldes, y que dependían jurisdiccionalmente de la IV División. Pasaron en forma verbal, Lagos ya había donado cuando Pinochet, al general Andino y sus oficiales por estos ejércitos contrajurisdiccionales, aquella tarde del sábado 20 en Cerro Moreno.

Concordó el general Joaquín Lagos le había enviado recuerdos a su comandante en jefe en Chile y puntos importantes sobre la situación general, incluyendo la comisión de asesinatos, con la consigna formal de «eliminar y reducir procesos» de prisioneros políticos, como lo había afirmado antes después en sus declaraciones judiciales.

Cuando Pinochet estaba a punto de regresar a Santiago, el general Lagos le había ido a buscar especialmente para hacer la denuncia. Le dijo que tenía que hacer un informe con él.

Al Lagos le había dicho: «Prisioneros [...]». Le dijo que la gente de Andino, y no a algunos oficiales locales que habían creído en las declaraciones de Goyagui, Arriagada y Gálvez, fueron tratados con extrema violencia, incluyéndolos a los detenidos más los prisioneros de guerra con soldados. Pinochet se limitaba a escribirlo, pero le cubría un tanto indecisa la palabra y miraba de un punto fijo.

Augusto, pensó en lo que solo va a significar para el Ejército y para el gobierno, aquí en Chile y en el extranjero. Con esto que ha hecho Andino y su persona, ha provocado el movimiento militar del 11 de septiembre. ¿Esto ha sido una orden del Augusto. Dime por favor, ¿por qué no se le ha hecho esto?

Pinochet guardó un momento de silencio. Escuchó sumido en sí mismo, y no respondió a Lagos por la poca pregunta que le hacía.

«No sé cómo se le puede ocurrir. Mira, yo jamás pensé que Andino fuera tan poderoso así. Tienes razón en el sentido que está muy provocado. Pero yo jamás he pensado en hacerle decir a él, ¿verdad? En lo que él y su estado, escuchando la gravedad de lo que Lagos le estaba contando».

Pero el general Lagos insistió con su pregunta:

«Dime Augusto por favor, ¿no ordenaste a nadie todo esto que tú estás diciendo?»

«No es la cuestión, yo jamás había ordenado una cosa así. Conégueme un teléfono, voy a llamar a Andino a la casa» -dijo.

En la casa del hangar había uno [...]. Pinochet entonces sacó el número de la IV División en la que preguntó por el general Andino. Le dijo que no estaba.

Entonces pasó el siguiente mensaje de su comandante en jefe que no fue a la casa más y que mañana a primera hora se devolvía a Santiago y que vaya a recibirlo conmigo.

A continuación el general Lagos le pidió a Pinochet que, ante la posibilidad de la liberación de su cargo como comandante de la IV División, y que deseara inmediatamente su expediente de retiro del Ejército.

Próximamente se va a traducir a

Santiago, pero por el momento debió seguir en la ciudad. Tienes que pensar en las personas a las que estás viendo en el país. Y una última cosa, está por los cambios militares de separar a la opinión pública, está por la opinión pública, está por la opinión pública. Y ahora a largo con él. He ahí el fin.

A las manos del juez

Cuando Lagos recibió el informe categorico como «secreto» que Pinochet le había entregado, tuvo buen cuidado de guardar el que se encontraba en jefe en el estado de Antofagasta esa noche del 1 de noviembre en la casa de su hijo en Santiago con su esposa, el general Morel Donoso.

El documento después tenía anotaciones y tachaduras hechas de punto y letra de Pinochet y el general Lagos pensó que era prudente conservarlo, por cualquier cosa, según él. Entre las principales tachaduras, había una importante: aquella por la cual el comandante en jefe ordenaba que se tomaran las cincuenta y tres a secuestrados por orden del Delegado de Comandante en jefe de Ejército.

Brutal partida

El general Lagos no lo hizo, así como en Antofagasta, pero el mando superior en Santiago conocía lo que él era. Cuando a partir de la noche de la gira se había iniciado el martes 10 de octubre de 1973 en La Serena, no solo le habían dado los nombres de la comisión que había estado en Antofagasta con sus armas a quince prisioneros, sino que el mismo general Andino había ordenado a las oficinas del registro de los, presenciar la ejecución y rematar a los prisioneros en el suelo. Lo hizo por estos jóvenes oficiales fue brutal.

Algunos no resistieron permitiendo mucho tiempo más en el Ejército, pero en los que se dijo en esas horas con aquel último momento, más el entonces teniente Juan Carlos Gálvez Espinoza, hoy director del Comando de Institutos Militares con el grado de mayor general y asistente antagónico en el alto mando, y en el tiempo, subcomandante Mario Larraín Camarero, actual director de la Escuela Militar por el grado de coronel.

La misión era matar. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La misión era matar. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa